

Canto a Iberoamérica

POEMA EN UN PRELUDIO, CUATRO
MOVIMIENTOS Y UN FINAL

Por Eduardo JENKINS

(En el Rep. Amer. Envío del autor,
en Gainesville, Fla. U. S. A.)



PRELUDIO

Para decir un canto, sólo una voz enhiesta.
Sólo una voz violenta y pura de cascada.
Un grito que se encienda con el roce
y rebote de siglo a siglo vivo;
que a filas llame al aire, a la luz cotidiana,
al pájaro del viento y al pájaro en el viento,
al limo y la semilla nueva de la esperanza,
al cauce y al torrente,
al mugido y la hierba,
al labriego y la aurora,
a la silueta errante y el nido del espejo,
al fino campanario
y el musgo de plegarias que lo asciende,
a la desprevenida ola y el tornado,
al sueño y la amargura,
al hombre, al claro hombre.
Sólo una voz que ordene
el corazón del hombre:
el mar, la tierra, el cielo,
la palabra en su sitio.
Yo siento en mi garganta la cascada
de un río de corolas que se yergue;
de una guitarra donde el viento suena,
con cuerdas de palmera y sal sonora,
con caja de caoba y esmeralda,
dúctil al tacto como un muslo virgen.
Yo tengo solamente la corola
de una guitarra donde el viento suena,
donde cabe esta voz súbita y pura
que viene desde el polvo y el olvido,
desde las grutas donde el eco vive,
por las grietas del tiempo y la distancia.

MOVIMIENTOS

1.

Un día que la estrella apenas si recuerda,
que entre los calendarios el tiempo despedaza,
el indio recorrió tus formas iniciales,
e inauguró tu sangre sobre el campo,
con águilas y ciervos,
con plumas en la frente clavadas sobre el llanto,
en las saetas que a la nube hieren
y el grano de maíz
con su ancla en la tierra y la caricia;
en la primera luz que se detiene
ante el abierto pecho de una virgen,
abierto hacia tu voz como una puerta,
hacia el hondo torrente inexplorado.
Y es que el indio ignoraba,
agreste todavía, todavía en la infancia,
que habitas solamente
en una entraña viva y temblorosa,
o que huye tu voz cuando la muerte
su silencioso resplandor derrama.
Ah, en los primeros años,
el anhelo no crece
más alto que el instinto,
y busca este indecible fruto del hallazgo
como la bestia pura sobre el pasto,
el ijar floreciente y las aguas salvajes,
viviendo antes del cauce,
de ciudades y rumbos,
en la edad de los bosques y las fieras,
antes de que los parques florecieran.

2.

Yo no sé exactamente qué distancia
existe entre el hallazgo y la conquista.
Yo sólo sé que nacen casi juntos
y se parecen tanto
que a veces los confunde una mirada,
como a las gotas de agua y de rocío,
pero tienen un cauce diferente,
una rosa en el viento diferente.
Cuatro siglos y medio desde entonces,
desde que tus arenas, tus algas, tus espumas,
tus delgadas palmeras divisaran
tres velas en tu brisa, tres quillas en tu mar,
y el audaz peregrino
ordenara a los genios, señor de los prodigios,
encender nuevos astros en tu pecho.
Quizás no florecíamos,
nosotros los de hoy,
ni en el delgado tallo del presagio,
aún desintegrados y esparcidos:
lirio en el valle, nieve en la montaña,
agalla en ágil pez, violeta y polvo,
lágrima absorta o mineral dormido.
Pero nos duele ahora
en el sitio más hondo y caudaloso,
en esta isla gris de la amargura,
que nuestro abuelo blanco, pastor de las victorias,
ilustre en las batallas y el dominio,
no izara su pupila, iris de la dulzura,
sobre el muro del tiempo y de las sombras,
y en su casa admitiera, en la red de sus sueños,
a nuestro abuelo indio, el de la piel de cobre,
para golpearlo, sí, con la palabra sabia,
mas nunca con el látigo o el aro,
como lo hiciera siempre,
por ejemplo,
un Fray Bartolomé, clarividente,
el de la casa abierta y luminosa.

3.

Un día amanecieron,
tus hijos —los de antaño—
cuya sangre hoy canta en nuestras venas,
con una adolescencia súbita en el alma,
y escucharon tu voz, como las marejadas,
golpeando la playa de sus pechos.
Y para inaugurar el libre gesto,
el torso erguido y ancho
que rodear no puede ni la suave cadena,
menos aún el hierro o la miseria,
fue necesario enarbolar la espada,
y la insignia del grito donairoso,
los cascos del caballo, la sed y la vigilia;
y dominar las nieves, los soles, los barrancos,
el llanto que en los ojos
la amargura descarga.
Porque un adolescente es alguien ubicado
donde nacen las rutas,
donde apenas se diga:
"Partir es necesario";
porque la espera entonces
es sólo resignarse
a que la ancianidad calcine los ensueños;